

Etapa 4. Cipérez – Moronta

11 de junio de 2019

Para Raquel

Ningún amigo podía acompañarme y era la primera mañana, en mucho tiempo, que tenía libre. No me quedaba otra.

Dejé la factoría de obleas más moderna de Cipérez y cogí el camino de Traguntía. Ni un alma en los ocho primeros kilómetros, prácticamente la distancia a ese primer pueblo. Robles, granito, paredes para separar fincas muy bien trabajadas, pastos, charcas, vacas... Y flores, mariposas y saltamontes.

En el kilómetro cuatro una aldea sin gente con una iglesia medio derruida y de factura notable, allí, dormida en medio del silencio y del tiempo. San Cristobal ponía en unos azulejos, San Cristobal de los Mochuelos, con origen en la repoblación de Fernando II de León en la Wikipedia.

Cuatro kilómetros después se distinguían ya algunas casas y la torre de la iglesia de Traguntía. Estaba ahí mismo. Un vehículo venía por el camino dejando atrás la última finca antes de la carretera. Dos puertas metálicas privadas permitían el paso por el camino público. Iba a pasar al lado de la casa cuando distinguí, unas decenas de metros más allá, un perro que había perseguido al coche que acababa de salir. Allí estaba, esperándome. Estaban, porque había más.

Me di la vuelta. Quedaba medio kilómetro hasta la salida de la finca, que daba a la comarcal que une La Fuente de San Esteban con Vitigudino. No tener los perros recogidos en una vía pecuaria me obligaba a un rodeo considerable, a atravesar fincas privadas o volver sobre mis pasos. Una faena. Para alguien con menos miedo a los perro supongo que tampoco habría sido un rato agradable.

Pero la suerte venía sobre ruedas. El coche de antes volvía. Le paré y el conductor me dejó subir. Atravesamos acosados por cuatro perros de presa grandes, oscuros y amenazantes. “Nunca han mordido a nadie”, me dijo el conductor. Ya.

Las cigüeñas me esperaban camino de Moronta. Caminar por la carretera es más aburrido pero no hay sustos. Un sendero me llevó hasta el final de la etapa atravesando uno de los escasos tesos de la mañana, el del Carrasco, cerca de 800 metros de altitud, desde donde se oteaban las primeras alturas de Portugal, allá hacia el oeste.

La propina de tres kilómetros andando hasta Vitigudino se hacía bien porque la etapa cuatro estaba hecha. Mi única preocupación era si llegaría a la partida a las cuatro en el Alberto.

Me coloqué en una isleta que separaba el carril de incorporación a la carretera a Salamanca y la propia carretera e hice dedo a los que venían por un carril y por otro: a unos con el pulgar derecho y a otros con el izquierdo. Al cuarto de hora de estar

intentándolo vi acercarse un taxi de Vitigudino. Le hice una seña para que me recogiera y el taxista se llevó la mano con las puntas de los dedos juntos hacia la boca: se iba a comer. El tío.

Otra media hora de multipulgar y nada. No sé si era mi barba de días, mi palo de Rollán (ver crónica de la segunda etapa) o que no tocaba. Decidí llamar al taxista y ya había comido. 15 € hasta Cipérez, me dijo.

Había estado en Cipérez esa madrugada, me contó. Había llevado a una trabajadora de la fábrica de obleas que entraba en el turno de las cinco y media o seis. La fábrica, dividida en dos instalaciones, una antigua y otra moderna, no paraba nunca. Tres turnos y 18.000 obleas al día.

El taxista no dejó de regalarme datos. La carretera por la que circulábamos atravesaba una finca de tres mil hectáreas, más de tres mil campos de fútbol, ya sabéis, dedicada a criar gamos, ciervos, jabalíes y muflones. Cuatro mil o seis mil euros por puesto en las jornadas de caza que se organizan en esa macrofinca. Unos setenta cazadores por jornada de caza. Me acordé de la foto del montón de escaladores haciendo cola para coronar el Everest. Recordaba el taxista del día que se encontró en la carretera con catorce o quince jabalíes que se habían escapado por un roto en el alambre. Les pitó y volvieron a casa.

Yo también. Me dio tiempo aún a echar el último juego de la partida.